7414

ADMINISTRACION
DE
OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

MUERTA EN EL BOSQUE,

CUENTO FANTÁSTICO EN DOS CUADROS,

LETRA

DE DON JOSÉ MARÍA DIAZ,

MÚSICA

DE DON BLAS GARCÍA.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

CATALOGO

DE LA

ADMINISTRACION GENERAL DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

DE D. FRANCISCO RUBIO.

San Pedro Mártir, número 12, segundo.

OBRAS DRAMÁTICAS.

EN UN ACTO.

Al que se hace de miel...
Amor y dinero.
Aventuras de un cesante.
Don Ramon.
El huérfano ó el niño mendigo.
¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!
Este cuarto no se alquila.
Fuego entre ceniza.
Fortunato Azares.
Las pesquisas de mi suegro.
Los dos preceptores.
Los apuros de Gaspar.
Me conviene esta mujer.
Pecador y arrepentido.
¡Presente, mi general!
Por un bofeton un duelo.
Receta contra los locos.
Triana la Macarena.
Una carga de caballería.
Un casamiento original.
Una mamá como hay muchas.
Una obra de caridad.
Vida prosáica.

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.
El pedestal de la estatua.
Los tres talismanes.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez.
Al borde del abismo.
Beltran.
Beppo el Aventuro.
Don Tello de Guzman.
El padre de familia.
El honor y el trabajo.
El lago de Glenaston.
El matrimonio de conciencia
¡Españoles, á Marruecos!
Gabriela de Vergy.
La mejor joya, el honor.
La boda de Enriqueta.
La flor trasplantada.
La historia de una madre.
La piedra de toque.
La primera falta.
La princesita.
La profecía.
La teoría de la voluntad.
Las aves de paso.
Loco de amor.
Los franceses en España.
Los pobres de levita.
Los polacos.
Luisa ó historia de una madre.
Luz en la sombra.
Marco Spada.
Mártir siempre, nunca reo.
Mi suegra y yo.
Pobres y ricos.
Un bandido de levita.
Un dia en el gran mundo.
Ví y vencí.

ZARZUELAS (1).

EN UN ACTO.

Angelita, M.
Atala y Chactas, L. y M.
Batalla de amor, L.
Cada loco con su tema, L.-M.
Casado y soltero, L.
De tal palo tal astilla, M.
El amor y el almuerzo, L.
El Grumete, M.
El rapacin de Candas, M.
El hombre feliz (monólogo), M.
El Sonámbulo, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, L.
Guerra á muerte, M.
Impresiones de viaje, L.
Julio César (monólogo), L.
La cotorra, L.
La pupila, M.
La cruz de los Humeros, M.
La zarzuela (mitad), L.
La dama del Rey, M.
La vuelta del Corsario (2.ª Pte. de *El Grumete*), M.
Lo que de Dios está, L. y M.
Las bodas de Juanita, L.
Los dos ciegos, L.
Pablito, L.
Por cana más ó ménos, L. y M.
Por un paraguas, L. y M.
Un ayo para el niño, M.

(1) De las obras que van marcadas con las inicialos L. ó M., pertenece sólo á esta Administracion, la música ó el libreto, y las que llevan L. y M. corresponden á la misma por completo. — Toda partitura que se pida por los representantes de esta Galería, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

MUERTA EN EL BOSQUE.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/muertaenelbosque1428garc

MUERTA EN EL BOSQUE,

CUENTO FANTÁSTICO EN DOS CUADROS,

LETRA

DE DON JOSÉ MARÍA DIAZ,

MÚSICA

DE DON BLAS GARCÍA.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

Habiendo examinado esta obra, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.

Madrid 15 de Octubre de 1864.

El Censor de teatros,

NARCISO DE SERRA.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados esclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

PERSONAJES.	ACTORES.
EL CONDE.	Sr. Obregon.
ELENA.	Sra. Rivas.
OSCAR.	Sr. Mendizabal.
LORD MELVIL.	Sr. Bécerra.

Cazadores, Montañeses, Escuderos y Serranas.

La accion pasa en Escocia. — Reinado de la Reina Ana.

ACTO PRIMERO.

País montuoso en Escocia; á la derecha una cabaña: á lo léjos, en el fondo, un castillo: está amaneciendo.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, de pié sobre una colina.

CORO, dentro.

Hora es ya; risueño el dia
su clara lumbre derrama,
y al pueblo de Escocia llama
silencioso á la oracion.
De pié, montañeses rudos,
arriba, hermanos, arriba,
que bondadoso reciba
nuestra plegaria el Señor.

ELENA.

¡Hijo excelso de María,
Dios clemente, justo Dios,
por el amor de tu Madre,
por la Cruz de tu pasion,
por tu corona de espinas,
por tu muerte, que asombró,

da á mi Oscar el santo escudo
de tu santa bendicion!
¡Piedad, Señor!

CORO, dentro.

¡Por el amor de tu Madre,
por la Cruz de tu pasion
recibe clemente y pio
nuestra plegaria, Señor!
¡Piedad, buen Dios! (Elena baja de la colina.)

HABLADO.

ELENA.

¡Oscar, Oscar! ¡Ay de mí!
¡Su larga ausencia me angustia!
Tal vez errante en los montes,
perdida la senda, busca
en vano la que al castillo
del sabio doctor conduzca.
Quizá fatigado ya
de amores que aquí sepultan
la ira de un padre ciego,
y de Dios la piedad suma,
olvida en agenos brazos
tesoros de mi ternura!
¡Oscar, Oscar! ¡Treinta dias
cumplen hoy! ¡Mi mente asustan
extraños presentimientos!
A veces se me figura
que el Conde no ha de volver
(Aparece Oscar en lo alto de las montañas.)
á su razon, y que nunca
borrar podré con mi amor
filial mi primera culpa;
y á veces que ya se acerca
la hora de mi ventura.

ESCENA II.

ELENA, OSCAR.

OSCAR.

¡Elena!

ELENA.

¡Oscar! ¡Treinta dias
de inquietud, de ausencia y dudas!...

OSCAR.

Durante ese tiempo, Elena,
he cruzado la espesura
de esos montes erizados
de abrojos y encinas rudas.
Durante ese tiempo, en polvo
convertidas las llanuras,
de revueltos huracanes
me azotó la áspera furia,
sirviéndome allí de alivio
contra el sol, llama fecunda
en frutos para la tierra,
de vez en cuando la lluvia.
¡Cuánto de afan y constancia,
Elena, y cuánta nocturna
velada sobre las piedras,
en el fondo de las grutas!
De noche al rayo tranquilo,
misterioso de la luna,
cazador que en alas va
de una esperanza en que funda
grandezas del porvenir
brillantes, nobles y augustas,
al cabo de quince auroras
que vieron mis ojos fúlgidas,
paso abrir al sol que cielos
y tierra de luz inunda,
llegué á la morada donde,
para bien de los que sufran,
en lord Melvil se presentan
la edad y la ciencia juntas.

Al ver sus cabellos blancos,
y al contemplar las arrugas
de su frente, huella santa
del saber, cuando no es fruta
que del árbol de la vida
se desprende seca ó mustia,
hinqué la rodilla en tierra
silencioso, que es cordura
hable el cuerpo ante la ciencia
y quede la lengua muda.

ELENA.

Prosigue, Oscar.

OSCAR.

El anciano
me preguntó, con profunda
emocion, lo que esperaba
de su ciencia ó de su cuna;
y entónces le referí
razon de tus desventuras,
la historia triste y sangrienta
de tu resistencia justa.
Le hablé de tu buen deseo,
le hablé de tus amarguras,
le hablé de tus pocos años,
le hablé de tus gracias muchas;
y cuando supo que el Conde
tu padre, con saña injusta,
por su propia mano habia
vertido la sangre tuya,
su asombro tan grande fué,
que con violencia iracunda
trató de vil y cobarde
al ilustre Conde Dunnhan;
mas no bien le dije yo,
mensagero de tu angustia,
que, demente el Conde, á causa
de imaginarte difunta,
compasion inspira á cuantos
se le acercan y preguntan

por tí, que en Escocia eres
la reina de la hermosura,
«Iré á verle,» respondió
el buen doctor á mi súplica,
y el Conde recobrará
su juicio, si Dios me ayuda.

ELENA.

Páguete Dios el favor
que me has hecho, Oscar. ¡Yo nunca
podré olvidarte!

OSCAR.

Señora
de antigua y tan noble alcurnia
que llevais sangre en las venas
de régias progenituras,
por mí, cazador humilde
de estas comarcas incultas,
volvereis á vuestro alcázar:
el corazon me lo anuncia.
No olvideis, señora, en él
á quien quizas os injuria
con esta pasion violenta
que su existencia subyuga.
¡Dichoso yo si algun dia
recordais, que en la espesura
de un bosque exánime os ví!
¡Que fueron mis manos rudas
las manos que os recogieron!
¡Que en esa cabaña oscura,
lecho tranquilo encontrásteis,
Elena, si no de pluma!

ELENA.

¡No me conoces, Oscar!

OSCAR.

¡Elena del alma!

ELENA.

Escucha.

No sé yo si Dios me guarda
horas serenas y puras,
ó si hará que nuevamente
para mí los vientos rujan
del dolor; pero sí sé,
que amor te juró, y te jura
otra vez amarte siempre,
la hija del Conde Dunnhan.

OSCAR.

¡Bendígate Dios, Elena!

ELENA.

Amor eterno, que juntas
llevará nuestras dos vidas
á una misma sepultura!

CANTO.

ELENA.

¡Amor constante!

OSCAR.

¡Quiéralo Dios!

ELENA.

En vida y muerte
lazo de union.

OSCAR.

¡Vivir amando!...

ELENA.

¡Morir de amor!...

ELENA, OSCAR.

Nadie igual dicha
se imaginó.

ELENA.

Nacida entre flores nubló mi destino
de un padre inflexible la dura impiedad,
y fuera en el mundo más ruin mi camino,
á no recogerme tu amante bondad.
Por ella me encuentro risueña y ufana;
por ella palpita mi pecho de amor;
por tí reverente al nacer la mañana
con ruego cristiano bendigo al Señor.

OSCAR.

Tendida en el bosque, exánime, yerta,
tu grito primero fué de hondo pesar;
mis manos, Elena, te abrieron mi puerta,
y fué desde entónces el tuyo mi hogar;
grabado en el alma conservo ese dia,
de eterno cariño sagrada ocasion;
Elena, mi gloria, mi bien, mi alegría,
yo te amo con loca, violenta pasion.
(Aldeanas y Montañeses por todos lados.)

CORO DE HOMBRES.

Ya brilla, Elena,
la luz del sol,
y de la ermita
la fiesta es hoy.
Ven á ese templo
del Salvador,
juntos iremos
en procesion.

ALDEANAS.

Toma estas flores
ricas de olor,
que allí te sirvan
de pobre don;
hijas del monte,
bien sabe Dios
que no tenemos
prenda mejor.

OSCAR.

El tiempo, Elena,
pasa veloz;
dulce esperanza
me alienta hoy:
corre á la ermita,
y en tu oracion
al cielo pide
padre y amor.

ELENA.

Oscar, el tiempo
corre veloz;
dulce esperanza
me alienta hoy:
voy á la ermita,
y en mi oracion
pediré al cielo
padre y amor.

CORO.

Ven á ese templo
del Salvador.

OSCAR.

Y al cielo pide
padre y amor.

ELENA.

Pediré al cielo
padre y amor.

ESCENA III.

OSCAR, solo.

¡Elena, señora mia!
¿Qué me importa tu castillo,
ni de tu linaje el brillo,
cuando es el amor mi guia?

¡Bañada en sangre la hallé,
en propia sangre, no agena!
¡Era un cadáver mi Elena
cuando yo me la encontré!
Pues bien, si bajo ese techo
Elena volvió á la vida,
si yo he curado su herida
con el amor de mi pecho...
de estas breñas cazador,
decir al Conde ya puedo,
que á nadie en el mundo cedo
en derechos á su amor.
¿Qué escucho? ¡Rumor lejano!...
(Sube á la colina.)
¡Veré desde la colina!...
¡Lord Melvil!... ¡Bondad divina!
¡Proteja Dios al anciano!

ESCENA IV.

(La orquesta sola: pieza de música en que un instrumento canta la estrofa que tararea el conde Dunnhan primero, y canta despues Elena.)

ESCENA V.

LORD MELVIL, EL CONDE, DUNNHAN, Escuderos y Monteros.

MELVIL. (Dentro.)

Alto aquí... teneis razon,
señor Conde: el aire es fresco,
y el sitio tan pintoresco
que al descanso da ocasion. (Salen á la escena.)

CONDE.

¡Por San Jorge, lord Melvil,
que conservais todavía
la venturera osadía
de vuestra edad juvenil!
Veniros desde tan léjos,

nada más que á visitarme,
segun habeis dicho, á darme
medicina de consejos...
Doctor, eso sí que no,
y yo á probaros me obligo...

MELVIL.

Franco os hablé, Conde amigo...

CONDE.

No soy tan crédulo yo.

MELVIL.

Cansóme al fin vejetar
en soledad tan estrecha,
que el sosiego, aunque aprovecha,
concluye por fastidiar;
y á no morir decidido,
de pena ó de aburrimiento,
en un rincon ó aposento
de mi alcázar escondido,
un dia, al iluminar
el alba los horizontes,
por llanuras y por montes
echéme, Conde, á viajar.
Esta es la razon por qué,
sin precauciones de aviso
ni demandaros permiso,
á vuestro alcázar llegué.

CONDE.

Y en él hospitalidad
halló lord Melvil tan franca
como justa, pues que arranca
de niños nuestra amistad.

MELVIL.

Ya instalado, Conde, allí,
acometióme el deseo
de dar un largo paseo,
sin otro afan, por aquí,

que el de ver esta comarca,
la más fiel de Escocia entera
á la ya rota bandera
de nuestro postrer monarca.

CONDE.

¡Es verdad! ¡Dia maldito
aquel en que la Inglaterra
pendones alzó de guerra,
lanzó de victoria el grito!
¡Inútil fué la gloriosa,
que corrió, sangre escocesa!
¡Desde aquel momento pesa
sobre nosotros la losa
de humillante esclavitud!

MELVIL.

Por entónces creo yo
que vuestra esposa murió...
¡Un modelo de virtud!

CONDE.

(¡Fué su madre!)

MELVIL.

(A ese recuerdo
su mejilla palidece!...
El caso atencion merece.)

CONDE.

(En confusiones me pierdo.)
¿Murió mi mujer? ¡Pues no!
¡Yo mismo la amortajé!
¡Y ya difunta, qué fué!...
¿Qué fué lo que me dejó?
¿De un dolor profundo el peso?
¿Sus inmensas heredades?
¿Sus castillos, sus ciudades?
¿Sus tesoros? No fué eso.
Ahora recuerdo que al pié
de su sepulcro lloraba,

y «madre, madre,» gritaba
una niña... sí, eso fué!

MELVIL.

¡Pobre señora! ¡Tan buena!
¡Tan leal! ¡Tan sin ventura!
Traslado de su hermosura
fué la hermosura de Elena.

CONDE.

¿De Elena? ¿Quién la ha llamado?
¿Para qué? ¿Por qué? No ha muerto.
Lo han dicho, pero no es cierto.
Sé yo que os han engañado.
Segura duerme ese sueño
tranquilo que duerme el niño,
al amor de mi cariño
que forma en guardarla empeño.
Se levanta con la aurora;
en seguida al bosque va,
y de fijo que allí está,
nueva Diana Cazadora...
¿No la oís? Yo sí: su acento
es melodioso y süave
como el cántico del ave!...
¡Hasta aquí le trae el viento!
(Tarareando la cancion.)
«¡Cazador de la montaña,
al bosque ven á cazar;
te espera amor en el bosque...
no te vayas por allá!
¡Oscar! ¡Oscar!
No tengas miedo á la nube,
ni á que ruja el vendaval;
contra el agua asilo el bosque
ó mis brazos te darán.
¡Oscar! ¡Oscar!

MELVIL.

(¡Qué situacion más penosa!)

¡Milord!

CONDE.

¿Quién es?

MELVIL.

Vuestro amigo
Melvil.

CONDE.

Que no ha muerto, os digo,
y está ademas muy hermosa.

MELVIL.

Esa mano que con tanto
vigor sus ojos oprime,
único bien del que gime,
á sus ojos pide llanto.
¡Infeliz!

CONDE.

¡Si yo pudiera!...
No quiero verla aquí dentro,
¡y siempre aquí me la encuentro!
¡Aquí siempre! ¡Nunca fuera!

MELVIL.

Buen Conde, ya en la montaña
el sol calienta.

CONDE.

Sí á fe.

MELVIL.

Conde Dunnhan, pediré
hospedaje á esta cabaña.

CONDE.

Que me place.

MELVIL.

Abrid.

ESCENA VI.

LORD MELVIL, CONDE, OSCAR; Monteros y Cazadores en el fondo.

OSCAR.

Abiertas
hallarán siempre, milores,
viajeros y cazadores
de mi cabaña las puertas.

MELVIL.

Agradecido el favor.

CONDE.

¿Y no sospechais á quién?

OSCAR.

¿Para qué?

MELVIL.

Saberlo es bien.

OSCAR.

Costumbre nuestra, señor.
La hospitalidad es ley
que así reverencia ufano
en sus montes el villano
como en su palacio el rey.

MELVIL.

¿Y sois muy dichoso aquí?

OSCAR.

¡Pues no! Para mi ventura
me sobra con la espesura
de este monte en que nací.
Me levanto al ser de dia,
y el dulce canto y sonoro
de los pájaros en coro
es mi primera alegría.

MELVIL.

¿Y la segunda?

OSCAR.

Es mayor:
consiste en rogar al cielo
que dé paz y dé consuelo
á la prenda de mi amor.

CONDE.

¿Teneis mujer?

OSCAR.

Una hermana
vive conmigo, ¡tan buena!

MELVIL.

¿Su nombre?

OSCAR.

Se llama Elena.

CONDE.

¿Elena?

OSCAR.

Flor más galana
en el variado pensil
de la rica primavera,
ni la ha visto, ni siquiera
soñado, el aura de Abril.
¡Vivimos juntos los dos,
alegres, y tan hermanos
que siempre juntas las manos
rezamos juntos á Dios!
Y esta choza que no abate
por fuerte que ruja el viento,
sirve más á nuestro intento
que el castillo de un magnate.

CONDE.

(De aquella que fué su gloria,
¿qué le resta al corazon?
¡Solamente el panteon
levantado á su memoria!
¡Elena, fué su destino
ser mártir!... El mio fué...
A nadie se lo diré...
¡El mio... ser su asesino!)

MELVIL.

¿Y por qué la castellana
de tal castillo se esconde?
Ved que yo... que quiere el Conde
conocer á vuestra hermana:
medrosa tal vez ó esquiva...

OSCAR.

No, milord; costumbre añeja,
sagrada ya por lo vieja,
su ausencia de aquí motiva.
Como anoche fué verbena
de nuestro Patrono santo,
y es tanto, señor, es tanto
lo que de él aguarda Elena,
de fijo en la ermita ahora
con rezo humilde y cristiano,
el bienestar de su hermano
del santo Patrono implora.
Por esta razon, milores,
vida y alma para mí
no la habeis hallado aquí
tejiendo ramos de flores.
En volver no tardará
de la santa romería. (Algazara dentro.)
¿Qué es ello? ¡Vírgen María!
Aquí la tenemos ya.

MELVIL.

Oscar, á Elena direis
que para el Conde murió.

CONDE.

(El asesino fuí yo.)

MELVIL.

Que de ella no os aparteis.

ESCENA VII.

LORD MELVIL, CONDE, OSCAR, Montañeses y Aldeanas.

CANTO.

CORO.

¡Gloria al Patrono
de esta comarca,
santo de nuestra
veneracion!
¡Fiestas y gloria!
Y entre nosotros
su nombre sea
lazo de union.

OSCAR.

¿Y mi Elena?

MELVIL.

¿Y vuestra hermana?

OSCAR.

¿Qué habeis hecho de mi Elena?

CORO.

Tan gentil como cristiana
en la ermita se quedó.

MELVIL.

Es preciso conocella.

CORO.

Desde aquí se ve la ermita.

Mira, Oscar... ¡Es ella! ¡Es ella!
Ya la ermita abandonó.

ELENA, dentro.

Cazador de la montaña,
al bosque ven á cazar;
te espera amor en el bosque,
¡no te vayas por allá!
¡Oscar! ¡Oscar!
No tengas miedo á la nube,
ni á que ruja el vendaval;
contra el agua, asilo el bosque
ó mis brazos te darán.

ESCENA VIII.

MELVIL, CONDE, ELENA, OSCAR, Montañeses y Aldeanas.

CORO.

Más hermosa no la ha visto
en la sierra el cazador.

OSCAR.

Ten prudencia, porque Elena
para el Conde ya murió.

ELENA.

¡Aquel es! Al verle sólo
se me parte el corazon.

MELVIL.

Desde aquí puedo tranquilo
contemplarle á mi sabor.

CONDE.

Ese canto me recuerda
de mi Elena la cancion...
¡Hasta el alma se me ha entrado
melancólica esa voz!

OSCAR.

Esta es Elena,
vedla, milord.

MELVIL.

No me engañásteis...
es como un sol.

OSCAR.

Decid al Conde...

MELVIL.

Yo mismo voy.

ELENA.

¡Del padre mio
piedad, buen Dios!

MELVIL.

Animo, el Conde,
que ya llegó
la linda hermana
del cazador.

CONDE.

¡Elena! ¡Dios santo! ¡Mentira! ¡Imposible!
¡El talle! ¡Los ojos! ¡Quizá me engañé!
¡Elena! Responde... ¡Se calla! ¡Insensato!
¡Calumnia! No es ella, pues yo la maté.
Tal vez iracunda dejó su sepulcro...
¡Do quiera su sombra! ¡Su sombra mirad!
¡Huid de ese bosque! ¡Mi mano asesina!
¡Soltadme, no quiero!... ¡Mi Elena, piedad!

ELENA.

Clemente María, del cielo Señora,
de un padre querido tened compasion.

MELVIL.

La vuelta daremos con él al castillo,
con vos, con Elena, lo mando así yo.

OSCAR.

Por tí, prenda mia, del alma tesoro,
daré á mis montañas el último adios.

CORO.

¡Su incierta mirada! ¡Su frente sombría!
El mísero anciano perdió la razon.

(El Conde cae sin conocimiento en brazos de Oscar y de lord Melvil.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Sitio pintoresco; árboles y flores.—Un panteon en el fondo: á su tiempo se abre la puerta del panteon y se ve un sepulcro de mármol blanco.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE MUJERES.

Por fin ha vuelto
fresca y lozana
la castellana
de esta region;
parece cosa
de brujería
tan milagrosa
resurreccion.

ESCUDEROS Y PAJES.

Aun sigue el Conde
de noche y dia
con la manía
de que murió;
vive aterrado
con el recuerdo
del atentado
que cometió.

ESCENA II.

LORD MELVIL, Coro.

MELVIL.

Antes lo he dicho...
fuera de aquí.

CORO.

El cielo guarde
á lord Melvil.

MELVIL.

Ya dejó el lecho;
salid, salid:
no es conveniente
que os halle aquí.

CORO.

Vámonos pronto
que va á venir:
el cielo guarde
á lord Melvil.

ESCENA III.

LORD MELVIL.

Seguro estoy de que el Conde
recobrará la razon;
me lo asegura la ciencia,
me lo dice el corazon.
Hondas raices ha echado,
sin embargo, la manía...
mas de ella habrá de triunfar
al fin la constancia mia.
En su delirio insensato
que la mató se figura...
y el nombre solo de Elena
le inspira horror, no ternura;
y se aturde y se alborota
como si su sombra viera... (Pausa.)
¡Si esa sombra, en cuerpo y alma,
aquí se le apareciera!...
Lord Melvil, vamos despacio,
que tan profunda emocion... (Pausa.)
No importa, aprovecharé,
buen médico, la ocasion.
Y Dios me iluminará
en tan oscuro camino...
El Conde... ¡Prémiele el cielo
por venir, que á tiempo vino!

ESCENA IV.

LORD MELVIL, EL CONDE.

CONDE.

Muy buenos dias, Melvil...

MELVIL.

¿Del viaje se descansó?...

CONDE.

¿Y cómo no descansar
despues de un viaje?

MELVIL.

(Aparte.) Durmió.
Pintoresca es la comarca (Al Conde.)
que recorrimos.

CONDE.

Sí á fe.

MELVIL.

¿Os agradó su frescura?

CONDE.

Y tanto, que volveré.

MELVIL.

¿Qué os hizo impresion más viva
de cuanto visteis allí?

CONDE.

Una voz que me hirió el alma,
y una serrana que ví.

MELVIL.

¿Con que milord, á sus años?...

CONDE.

No es eso, Melvil.

MELVIL.

¿Pues qué?
¿No teneis en mí confianza?

CONDE.

A nadie se lo diré.

MELVIL.

¡Una serrana! Sin duda
la que hospedaje nos dió...

CONDE.

No recuerdo...

MELVIL.

A mí tambien
hermosa me pareció.

CONDE.

Sí, ¡hermosa como un lucero!

MELVIL.

Adelante.

CONDE.

Es singular...
La niña llamarse Elena,
y el jóven llamarse Oscar.

MELVIL.

Veamos si su memoria (Aparte.)
en este momento fiel...
¿Hablasteis con ella, Conde? (Al Conde.)

CONDE.

Ni con ella, ni con él.
En el monte ví la sombra
de un ángel que desplegó
sus alas. ¿Vos no la visteis?

MELVIL.

La sombra de un ángel, no.

CONDE.

¡Aquí siempre! ¡Nunca fuera!... (Aparte.)
¡Donde yo la quiero ver!

MELVIL.

¿Duran, milord, todavía
las ilusiones de ayer?
Visteis vos, como ví yo,
á una serrana gentil
nacida en aquellas cumbres,
de aquellas cumbres Abril.

CONDE.

Es verdad. ¿Lo habré soñado?
¿Acaso crédito doy
á un fantasma pasajero?
¡Me confundo, por quien soy!
Era ella; yo no pude
hablarla, porque sentí...
el terror secó mi lengua,
y helóse mi sangre aquí.

MELVIL.

Y si Elena... la serrana...
os pide, por caridad,
que en vuestro feudal castillo
le deis hospitalidad,
¿qué hareis en tal caso, Conde?

CONDE.

Dársela.

MELVIL.

¿Se la dareis?

CONDE.

Dudarlo solo es injuria;
milord, ya me conoceis.

MELVIL.

Vuestra hidalguía es notoria.

CONDE.

Entónces, ¿por qué dudar?

MELVIL.

La niña se llama Elena,
y el jóven se llama Oscar. (Pausa.)
¿Qué teneis?

CONDE.

¡Aquí un gran peso
y muchísimo dolor!...

MELVIL.

Si la soledad os place...

CONDE.

Os agradezco el favor.
Dejadme un momento á solas;
necesito culto dar
á un ángel que está en el cielo,
de hinojos ante su altar. (Señalando al panteon.)

MELVIL.

¡Oh! ¡Yo haré que impida Elena
tan peligrosa oracion!
Guárdeos Dios.

CONDE.

¡Que Dios me dé,
lord Melvil, su bendicion!

ESCENA VI.

EL CONDE.

Sepulcro de mármol frio,
cuyas llaves tengo yo,
¿por qué mi afan te cerró,
si estás por dentro vacío?
Si en mi loco desvarío,
despues de que la maté,

cadáver la abandoné,
postrer asilo cristiano,
¿para qué con ruda mano
yo mismo te fabriqué?
¿Dónde está la que fué un dia
de mi hogar propicia estrella?
¿Dónde está, sepulcro, aquella
que junto á mí sonreia?
¡Casta flor del alma mia,
robómela en un momento
mi propio resentimiento,
dejándome de esa historia
en castigo, su memoria
y un hondo remordimiento,
¡Sepulcro de mármol frio,
postrer asilo cristiano,
está tu llave en mi mano,
conservaraste vacío!
¡Así el pensamiento mio
podrá penetrar ahí,
sin hallar dentro de tí
quien de pronto se despierte,
y, en venganza de su muerte,
se levante contra mí!

ESCENA VI.

EL CONDE, ELENA.

CONDE.

¡Jesus! ¿Quién sois?

ELENA.

¿Yo? La hermana
de Oscar.

CONDE.

¿Os llamais?

ELENA.

Mi nombre

es Elena; mi destino
aquí me trae, señor Conde,
á no ser que del castillo
me arrojeis, porque soy pobre.

CONDE.

Negar la hospitalidad
á quien de veras la implore,
accion á mis ojos es
indigna de un pecho noble.
¡Semejanza prodigiosa! (Ap.)
¡La voz... el semblante!... ¡Corre
por todas mis venas hielo,
no sangre!

ELENA.

¿Por qué se esconde
vuestra frente venerable
entre esas manos? Si rompe
vuestro pecho oculto afan;
si alguno de esos dolores,
que el mundo llama recuerdos,
os molesta con su azote,
¡ah, señor!... ántes de que
su impulso y fuerzas redoble,
buscad alivio en la agena
compasion, y haced que lloren
vuestros ojos, viendo el llanto
de otros ojos bienhechores!

CONDE.

¿Quereis que os refiera yo
la causa por qué del monte
me agradan las asperezas,
por qué las horas inmóvil
paso aquí, mirando un túmulo,
sin ver siquiera las flores
que aroma dan al ambiente
y á la vista tornasoles?
Y si os cuento yo esa historia,
con miedo de que os asombre,

de nadie hasta hoy conocida,
con sangre escrita en un bosque,
¿dentro de vos no sintiérais
aborrecimiento al hombre,
que en sangre de una mujer
tiñó cobarde su estoque?

ELENA.

¿Yo aborrecer? A ninguno.
La piedad fué siempre el norte
de mi vida en los granpianos
silvestres cerros, á donde,
para alegría, nací
de olvidados pescadores.
Choza humilde levantada
sobre cimientos de roble,
cubierta con secas ramas
y oculta del viento al choque,
contra la lluvia y el sol
de asilo y broquel sirvióme.
¡Allí corrieron felices
de mis años los mejores,
hasta el dia en que la muerte,
sorda, insensible á mis voces,
sobre el cuerpo de mi madre
tendió los negros crespones!
¡Ha sido mi único apoyo
mi hermano Oscar desde entónces!

CONDE.

Pues, oid: mi buena estrella
me dió heredades, y un nombre
como otro no tiene Escocia
en sus ilustres blasones.
La guerra fué de mancebo
mi ocupacion, y los botes
de mi lanza me ganaron
en ella laureles dobles;
y cuando, cansado ya
de los guerreros pendones,
vestí de seda y brocado

en las salas de la corte,
una mujer con sus ojos
el don de mi alma recoge,
y á pocos dias bendice
nuestro enlace un sacerdote.
¡Diez años, Elena, diez
de amorosas ilusiones,
y una hija!...

ELENA.

Proseguid.

CONDE.

Muerta su madre, quedóle
al corazon la esperanza
de esos inefables goces
que da la filial ternura,
eden misterioso donde
no es fácil que para un padre
la felicidad se agote.
Yo para Elena soñaba
lo que sueña quien conoce
cuánto valen, si van juntos,
heredades y escusones;
y cuando llegaba al término
de mi propósito, y jóven,
y galan, y noble, y rico,
y heredero de los condes
de Buckingan, el bizarro,
como ninguno, sir Jorge,
iba á ser en los altares
su esclavo, no su consorte,
Elena á prestar de esposa
el juramento negóse.

ELENA.

Y si Elena, vuestra hija
de amor al impulso dócil,
sentia dentro del alma
una de aquellas pasiones
ardientes, que dan la muerte
si no se las corresponde...

CONDE.

Y era así: de esas montañas
cazador, á quien renombre
dió su vida aventurera,
mancebo á quien sobran dotes
de gallardía y valor...
Humilde Elena su torpe
liviandad me dijo al fin,
porque es liviandad enorme
amar á un aventurero,
mujer que nació tan noble,
y yo, iracundo y cobarde,
clavé en su pecho mi estoque.
Su sangre manchó mis manos...
por más que el dolor me ahogue
no puedo llorar, y como
no hay lágrimas que la borren,
miradla aquí, todavía
fresca! ¡Su vapor se pone
ante mis ojos, y veo,
de dia como de noche,
su sombra, siempre su sombra,
venganza gritando á voces!

ELENA.

Tranquilizaos, señor:
en uno de esos errores
vivis que la calma truecan
de la razon en desórden.

CONDE.

¡Su sombra! ¡Siempre su sombra!

ELENA.

La esperanza es de las flores
la postrera que arrebatan
del pesar los aquilones.
Oidme con atencion.

ESCENA VII.

MELVIL, CONDE, ELENA.

CONDE.

¿A que venís?

MELVIL.

Parecióme...

CONDE.

Dejadme á solas con ella.

MELVIL.

Con ella quedais, el Conde

ESCENA VIII.

EL CONDE, ELENA.

ELENA.

Se trata, milord, de un cuento.

CONDE.

¿Y hablar de un cuento es razon,
cuando siento aquí!...

ELENA.

Se trata
de una antigua tradicion.
Hubo en Escocia un magnate...

CONDE.

¿Y cuándo?

ELENA.

En aquella edad
en que daba á Escocia luz
el sol de su libertad.
Y era tanto el poderío
de aquel señor escoces,

que nadie le vió de hinojos
de su monarca á los piés.

CONDE.

Su nombre...

ELENA.

No lo recuerdo.

CONDE.

¿Sus estados?

ELENA.

¿Qué sé yo?
Solo sé que, siendo aun niña,
mi madre me lo contó.
Muchos años de ventura
vivió con su esposa el tal,
al abrigo silencioso
de su castillo feudal.
¡Dióles el cielo una hija
para encanto de los dos!...

CONDE.

¿Y qué más?

ELENA.

¡Allí vivieron
los tres bendiciendo á Dios!

CONDE.

Proseguid.

ELENA.

Una mañana,
ó por Mayo ó por Abril...
de la estacion en que reina
la primavera gentil,
aquel magnate dejó
su lecho al amanecer,
y fué, como de costumbre,
su prenda querida á ver.

Con impaciencia el brocado
de la estancia levantó...
¡Y en los brazos de su madre
cadáver se la encontró!

CONDE.

¿El noble escoces al verla
de lágrimas echó un mar?...

ELENA.

¡Por honda que fué la herida,
no pudo el conde llorar!

CONDE.

¿Pero maldijo su estrella
y la hora en que nació?

ELENA.

Hizo más.

CONDE.

¿Y qué más hizo?

ELENA.

Huir del castillo.

CONDE.

¿Huyó?

ELENA.

Y fué tanta su amargura,
y su sorpresa fué tal,
que estuvo como demente
el noble señor feudal.
Y en lo escondido del bosque,
de eterna quietud rincon,
fabricó de piedra él mismo
solitario panteon!

CONDE.

Yo tambien á su memoria
un sepulcro fabriqué.

ELENA.

Una tarde... ¿No me ois?

CONDE.

Hablad, y os escucharé.

ELENA.

Lejano el viento rugia,
y en la densa oscuridad
el relámpago brillaba
de cercana tempestad...
cuando aquel pobre demente,
mujer ó fantasma, vió
á una anciana junto á él
que limosna le pidió.
Envuelta en harapos iba
la vieja, y á ser verdad
lo que dijo entre lamentos,
contaba un siglo de edad.
El Conde le dió limosna;
y agradecida á aquel don
de caridad taciturna,
de cristiana compasion,
brindóse la buena vieja
sus dolencias á curar,
si el Conde le referia
la ocasion de su pesar.

CONDE.

Proseguid.

ELENA.

No bien remate
el Conde á su historia dió,
del modo que vais á oir
la anciana le aconsejó:
«Serrana de negros ojos
en la sierra buscareis,
y en la misma sepultura
de Elena la enterrareis;
que á poco tiempo, milagro
de Dios que oyéndome está,

el mismo sepulcro, viva
á Elena os devolverá».

CONDE.

¿El Conde á la sierra fué
y á la serrana buscó?...

ELENA.

Y en la tumba de su hija...

CONDE.

¿Y su hija?...

ELENA.

Resucitó.

CONDE.

¡Si yo me atreviera! ¡Nadie
me estorba!... ¡Solos aquí!
Serrana de negros ojos...

ELENA.

¡Quiera Dios se fije en mí!

CONDE.

¿Sois feliz, serrana hermosa?

ELENA.

Lo que es ventura no sé.

CONDE.

¿Y miedo no os da la muerte?

ELENA.

¿Miedo la muerte? ¿Y por qué?
¡Témala quien rico nace,
y tambien el que es señor!...
¿Pero yo miedo á la muerte,
siendo hija de un pescador?
¿Me espera acaso en el mundo
un brillante porvenir?

A la vida que me aguarda
prefiero, señor, morir.

CONDE.

Y si yo os propongo ahora...
¡no me atrevo por quien soy!
¿si yo os propongo, serrana,
que viva os entierren hoy?

ELENA.

¡Serrana de negros ojos
y sin ventura nací!

CONDE.

A mi demanda imprudente
responderiais...

ELENA.

Que sí.

CONDE.

Yo quiero ver á mi Elena...
hoy mismo... tened piedad
de un padre que de rodillas...

ELENA.

Dadme la llave.

CONDE.

(Dándosela.) Tomad.

ELENA.

¿Hacer de mi hermano Oscar
la dicha me prometeis?

CONDE.

La mano de Elena es suya,
si á mi Elena me volveis.

ELENA.

¿Lo jurais?

CONDE.

A Dios lo juro.

ELENA.

Si me engañais, ¡ay de vos!

CONDE.

¡Castigueme, la serrana,
si soy un perjuro, Dios!

(Elena abre la puerta del panteon y entra en él; el Conde vuelve á cerrar la puerta, y quita la llave.)

ESCENA IX.

EL CONDE.

« Serrana de negros ojos
» en la sierra buscareis,
» y en la misma sepultura
» de Elena la enterrareis;
» que á poco tiempo, milagro
» de Dios que oyéndome está,
» el mismo sepulcro, viva
» á Elena os devolverá. »

ESCENA X.

LORD MELVIL, EL CONDE.

CONDE.

Lord Melvil, guardad silencio...
Ni una palabra.

MELVIL.

¿Y por qué?

CONDE.

La felicidad, la vida...
Pronto, pronto os lo diré.

CANTO.

CORO, dentro.

Hoy es dia
de alegría:
se cumplió la tradicion.
No más pena,
porque Elena
torna al cabo á su mansion.

CONDE.

Ese canto
dulce y santo,
¿qué le dice al corazon?

(Melvil abre la puerta del panteon y se ve á Elena en el sepulcro; Elena se levanta lentamente y sale del panteon: está vestida de blanco.)

ELENA.

¿Quién me arranca el dulce encanto
de mi sueño celestial?
¿Quién me vuelve á la agonía
de este mundo sin piedad?
Sola aquí, porque mi madre
en la tumba duerme en paz,
¿dónde está, que no me estrecha
la ternura paternal?

CONDE.

¡Es mi Elena! Dios clemente
mi plegaria escuchó ya:
el sol claro de sus ojos
no me canso de mirar!

Dios bendiga á la serrana
que ha trocado en bien mi mal.
Luz hermosa de mi vida,
pobre Elena, ven acá.

(Aparecen por el foro Oscar, Pajes, Monteros, Serranas y Cazadores.)

ESCENA XI.

ELENA, OSCAR, LORD MELVIL, EL CONDE, Monteros, Pajes, Serranas y Cazadores.

OSCAR.

Mi ventura pende ahora
de su sola voluntad.

MELVIL.

Mi constancia Dios clemente
quiso al fin galardonar.

CONDE.

Luz hermosa de mi vida,
pobre Elena, ven acá.

ELENA.

¿Dónde está, que no me estrecha,
la ternura paternal?

CORO.

De este anciano venerable
el insomnio cesará.

(Elena se arroja en los brazos del Conde.)

ELENA.

¡Padre!

CONDE.

Dentro de este pecho
hay ternura para tí...
¡Deja, Elena, que contemple
con horror la cicatriz!...

ELENA.

¿A qué viene ese recuerdo
si es de angustia para mí?
Vuestra dicha está en mis ojos
y en saber que soy feliz!

MELVIL.

¡Quién no cumple lo que jura!...

CONDE.

Cumpliré lo que ofrecí.

MELVIL.

La serrana de ojos negros...

CONDE.

No prosiga, lord Melvil.
Si una hermana habeis perdido, (A Oscar.)
tierna esposa os doy al fin.

ELENA.

¡Ay! Cesó mi incertidumbre;
de mi amor la estrella hermosa
hoy propicia y generosa
á mi vida encanto da:
entre Oscar y el padre mio,
de union santa mutua prenda,
del contento por la senda
mi existencia correrá.

TODOS.

Este enlace es el anuncio
de mayor felicidad.

FIN.

EN DOS ACTOS.

Brusehino, L.
De incógnito, L. y M.
El postillon de la Rioja, L.
El resucitado, L. y M.
Entre mi mujer y el negro, L.
La cola del diablo, L.
Llamada y tropa, M.
Marina, M.
Muerta en el bosque, L. y M.
¡ Quien manda, manda! M.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Amor y misterio, L.
Amor y arte, L. y M.
Amar sin conocer, L.
Azon Vizconti, M.
Cadenas de oro, M.
Catalina, L.
Campanone, L. y M.
Dos coronas, M.
El arca de Noé, M.
El valle de Andorra, L.
El hijo de familia ó el lancero voluntario, L. y M.
El sargento Federico, L.
El juramento, L.
El paraiso en Madrid, L.
El secreto de una dama, L.
El agente de matrimonios, M.
El caudillo de Baza, L. y M.
El dominó azul, M.
El planeta Vénus, M.
Galanteos en Venecia, L.
Giralda ó el marido misterioso, L. y M.
La embajadora, L. y M.
La cacería real, M.
La Estrella de Madrid, M.
La tabernera de Lóndres, M.
Los filibusteros, L.
Los piratas, L.
Los Madgyares, L.
Los circasianos, L. y M.
Margarita, L.
Mis dos mujeres, L.
Rival y duende, L. y M.
Un dia de reinado (mitad), L.
Un estudiante de Salamanca, L. y M.
Un viaje al rededor de mi suegro, L.
Un trono y un desengaño (3.ª parte), M.

Cuando se ejecute alguna obra cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

OBRAS.

Comentarios del emperador Cárlos V. Rvn. 16.
Historia de la música española, 4 tomos, 100.
Ecos nacionales (poesías), 12.
Ecos del alma (Id.), 8.
Veladas poéticas (Id.), 6.
El beso de Júdas (novela), 6.
La niña expósita (Id.), 8.
Hist. de una venganza (Id.), 8.
Una vírg. y un dement. (Id.) 8
Los Maldonados (Id.), 8.
Catecismo de la Doctr. cristiana y Compendio de la Historia Sagrada, 4.
Etica elemental, 12.
Reló aritmético, 10.

VENTA EN MADRID.

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA,
CALLE DE CARRETAS, NÚMERO 9.

EN PROVINCIAS.

EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.